

Así se vive en el vecindario de la Comuna 13

Testimonio de la escritora y antropóloga Gloria Posada acerca del agitado barrio de Medellín, escenario del conflicto nacional versión urbana.

Vivo desde hace cuatro años en la ciudadela San Michel de San Javier, urbanización cerrada, rodeada de montañas, jardines y de los barrios inmersos en el conflicto de la Comuna 13.

Los primeros enfrentamientos que escuchamos, porque el estertor traspasó las fronteras del barrio 20 de julio, fue hace dos años cuando Empresas Públicas de Medellín necesitaba cambiar los contadores. Nunca imaginamos que en los meses sucesivos explosión de granadas, zumbido de las balas, estallido de bombas, el humo, se convertirían en paisaje cotidiano, diurno y nocturno, en alarma para despertar en la madrugada, en señal para resguardarse en casa, en interrogación sobre el irse y abandonarlo todo, o quedarse y esperar el transcurso de las horas.

Es compleja la guerra. Se puede estar lejos de los hechos a una prudente distancia geográfica, y al mismo tiempo oír y saber lo que sucede al otro lado, mientras se teme que llegue a nuestra casa y se espera que todo termine y no sean muchos los muertos.

En la Comuna 13, en el 2002, pasamos los meses mirando las montañas y el cielo, la calle y las aceras, afinamos el oído para diferenciar los sonidos pero a veces en la noche, aun sin despertarnos del todo, cuando había tempestad no distinguíamos si eran truenos o petardos, o si lo que escuchábamos a lo lejos eran gritos. Nunca supimos, quiénes quedaron inermes o quiénes están escondidos, pero entendimos el miedo, la ansiedad producida entre el ritmo de la confrontación afuera y el inhalar, el exhalar y el palpitar del corazón adentro.

Hasta ahora no conocemos cifras de muertos y heridos, pero sí de horas, de combates de la madrugada a la tarde, en un ciclo de comienzo y final con intervalos de silencio para volver a empezar. Ignoramos si la cantidad de muertos son los que anunciaron los noticieros, porque después de dimensión, intensidad y duración de los enfrentamientos ¿es posible creer que fueron sólo los que dicen? Únicamente las familias con las pérdidas saben de los ausentes, de hijos, hijas, padres, madres, esposos, tendidos en una calle, en la casa o en una manga, con sus cuerpos atravesados por las balas. Algunos alcanzaron a llegar al hospital para morir entre sábanas blancas, otros yacieron sin poder moverse y sin que nadie arriesgara su vida para salvarlos. Los insurgentes en las montañas fueron alimento para las aves de rapiña.

Para cuidarse, había que pensar dónde estar: en la habitación, el baño, la cocina... Medir la altura de las ventanas y la altura de la cama y dormir y levantarse nuevamente, salir al trabajo o al estudio, hacer las compras, pagar los servicios y regresar a la casa para que la vida siguiera su curso.

Muchos se marcharon y, a medida que pasaba el tiempo y el conflicto crecía, más luces se apagaban en las casas. Subir a la urbanización se convirtió en un acto de temor por la sobrevivencia, en una ruta de soledad y de silencio, o de estruendo en las batallas. Al

principio, las gentes de los barrios más afectados salían al Centro de Salud a bloquear la subida de los automóviles y a divulgarles a todos sobre niños y jóvenes que guerrilleros y paramilitares habían matado en los enfrentamientos. Después, los diferentes grupos armados empezaron los secuestros express y los interrogatorios, censando a la gente que pasaba en carro por las partidas que van al 20 de Julio o a San Cristóbal. Así mismo, escribieron grafitis amenazantes y dejaron en esa vía a uno que otro muerto en el prado o en un andén, para amedrentar a la gente, y para que pudieran hacer el levantamiento de los cadáveres.

Poco a poco, los carros de cerveza, de gaseosa y de otros víveres que surtían las tiendas dejaron de subir, los negocios hacían el abastecimiento en lugares más distantes y los clientes disminuían a medida que aumentaba el conflicto. El correo en varias ocasiones no llegó, a excepción de las cuentas de financiación de los apartamentos, el predial y cobros de los servicios. Las empresas de correo no entregaban la correspondencia porque era una zona de conflicto y cuando se les respondía que todo el país estaba en guerra, decían que no podían exponer a sus trabajadores. Pero otras cosas transcurrieron en normalidad: buses, colectivos y el Metro prestaron su servicio sin excluir los usuarios y sin hacerlos sentir culpables por su lugar de residencia.

También vigilantes y trabajadores de la unidad residencial llegaron todos los días y se marcharon al terminar la tarde. Incluso, a pesar de la zozobra, muchos podemos dar testimonio de que nunca nos pasó nada y pudimos entrar y salir cuando quisimos.

A partir de octubre todo se agudizó, el despoblamiento aumentó y sólo éramos unos cuantos vecinos que estábamos cerca. Ya no vivían niños en la Urbanización, de las zonas verdes tomaron posesión gatos salvajes, que vieron disminuir su posibilidad de alimento. Fue asombroso observar cómo a pesar de los conflictos la naturaleza seguía su curso, con camadas de gatos, pájaros, mariposas y con plantas que no se negaban a florecer. Sin embargo, en esa época sucedió lo más temido: la incursión de grupos armados. Ocurrió una mañana cuya fecha exacta no recuerdo. Los guerrilleros huían de los paramilitares, entraron, hicieron su trinchera detrás del bloque donde vivo y desde ahí comenzaron a disparar. Nunca he entendido por qué este sitio es tan estratégico en una ciudadela tan grande como San Michel, pues en esta zona cada año se hace la fiesta de la familia y vienen los Hombres de Acero a realizar sus espectáculos. Paradójicamente, los guerrilleros escogieron el mismo lugar para el combate y después de hacer una ronda, salieron para continuar la lucha en el 20 de Julio.

Tiempo después, con la intervención del Estado denominada ‘Operación Orión’, la situación se hizo más tensa. Los helicópteros sobrevolaron continuamente la zona y algunos aseguraron en los medios, que dispararon desde el aire. El nivel de los enfrentamientos y su duración, desde la madrugada hasta los días siguientes, señaló que no habría una tregua y hasta no terminar con todo y con todos, las ráfagas, las granadas, los morteros, no cesarían. El miedo era cada vez mayor. En días anteriores, los noticieros habían divulgado que balas perdidas mataron en Santa Mónica a dos jóvenes que estaban lejos de la confrontación, aunque al preguntarles a amigos de ese barrio, esperando que no los declararan zona roja y evitando mala fama y leyendas urbanas que ya teníamos en San Javier, nos dijeron: “No, por aquí no es la cosa, todo es por el lado de la urbanización de ustedes”.

A pesar de que la ‘Operación Orión’ se inició en la madrugada, esa mañana muchos salieron temprano a su trabajo pues, como en otras ocasiones, tuvieron que sopesar los riesgos entre perder la vida o quedar desempleados. Quienes esperamos, como en situaciones anteriores, que pronto se retirara la Fuerza Pública y todo aparentemente retornara a la calma, con el paso de las horas y la dimensión de los combates, debimos partir. Salir fue difícil pues a esas alturas no había transporte público. Nos marchamos caminando, sin saber si en el transcurso llegarían por nosotros las balas que viajan más de un kilómetro hasta encontrar un objetivo. Abajo, en el Centro de Salud, la Policía nos requisó mientras fotógrafos de diferentes medios tomaban imágenes situados donde se oía la lucha armada, pero no estaba el epicentro de la batalla.

Jamás pensé que estaría en las fotos de Jesús Abad Colorado sobre la violencia. Varias mujeres hacíamos fila para la requisa y al mismo tiempo nos retrataban. Algunas preguntaban acerca de las fotos, pero nadie fue claro. Fue muy extraño salir del área de la disputa como un sobreviviente, para llegar y ser fotografiado. Mis compañeras de fila sólo habían posado para ocasiones felices, reunidas con su familia, en su casa, en una fiesta. Pero, al parecer, ese día éramos parte del paisaje y de la oportunidad de la noticia en un lugar seguro.

Por varios meses, las imágenes que vio el país sobre la problemática de la zona fueron de la periferia correspondiente a las unidades residenciales cercanas al Centro de Salud donde llevaban a los heridos. Los medios entraron a los barrios donde se desarrolló el conflicto, cuando todo se calmó y el Estado tomó posesión de ese territorio. Por eso, cuando familiares, amigos y el público veían en los noticieros los edificios, pensaban que era dentro de las urbanizaciones donde sucedían los hechos, lo cual contribuyó, al igual que la vecindad, a la devaluación de la zona y a que por mucho tiempo haya sido difícil vender, rentar o entregar las propiedades a las entidades financieras que por los préstamos son copropietarias, pero actualmente se niegan a recibir los inmuebles como parte de pago para adquirir otros. A pesar de ello, los servicios continuaron al costo de estratos tres y cuatro y los pagos de las hipotecas han tenido los mismos intereses, mientras las corporaciones catalogan al sector como estrato cero.

Después de dejar el apartamento, fuimos a la Personería de Medellín a oficializar el abandono y a reportar que, según el desarrollo de los acontecimientos, no sabíamos cuándo sería el regreso. Nos encontramos con gentes en las mismas condiciones, todos de la Comuna 13, algunos hacía tiempo habían dejado sus casas en el 20 de Julio, en el Salado, en el Corazón, en Belencito... Todos seguíamos la fila contándonos nuestras penas. Una señora recordaba que su casita la había comprado con la indemnización del Gobierno, cuando en los ochenta la muerte de un policía tenía recompensa y su marido cayó, pero la había dejado hace unos meses ante el temor por su vida y ahora estaba invadida por personas que la amenazaban para quedarse con la propiedad. No sé qué pasó con ella, si vive de nuevo en su casa o el miedo le impide volver.

Una semana después del inicio de la ‘Operación Orión’, regresamos. La Fuerza Pública se había tomado la zona y hasta el Alcalde se atrevió a ir a los barrios marginales de donde había sido sacado a bala hacía poco tiempo. Desde la Urbanización, algunos militares

vigilaron el entorno, lo cual nos pudo convertir en objetivo bélico. La gente retornó poco a poco, aunque muchos apartamentos estuvieron desocupados unos meses más. Con el paso de las semanas entraron camiones de trasteos y todo fue recuperando la normalidad que se espera en la convivencia de cualquier urbanización cerrada.

Al habitar nuevamente la Ciudadela, muchos propietarios tuvieron que asumir las deudas. Algunos estuvieron en riesgo de perder sus apartamentos, pues como desplazados por la violencia en la época más álgida del conflicto en la Comuna 13, se vieron obligados a conseguir por varios meses otro lugar para vivir y, al mismo tiempo, sostener los gastos de financiación, administración y servicios de viviendas desocupadas. Por estas mismas razones, otras personas permanecieron en sus casas, a costa de su integridad física y emocional. No obstante, hasta el momento no conozco a nadie que haya recibido ayuda.

En la zona donde se desarrolló la 'Operación Orión', eventualmente hay combates y en algunas ocasiones han tenido la intensidad del pasado. A pesar del nuevo ambiente institucional que se le ha querido dar al sector, en los barrios donde se gestaron las más cruentas batallas aún existen huellas de balas incrustadas, de explosiones de granadas, de bombas..., que marcarán por mucho tiempo la memoria de niños, jóvenes, adultos y ancianos.

Por Gloria Posada
Antropóloga, artista y escritora.